

Santiago, 5 de Noviembre de 1969

Señor  
Jaime Sanin  
Bogotá  
Colombia

Estimado Jaime,

hace un par de días que he llegado a Chile, después de atiborrarme de teatro, cine y espectáculos en los Estados Unidos. Después de los gratos momentos del reencuentro con Betty y Milena, lo primero que hago es escribirte porque, durante todo mi viaje por los Estados Unidos, me ha perseguido el recuerdo de Manizales y, muy especialmente, de la noche en que se dió a conocer el fallo.

Deseo escribirte con la mayor sinceridad, porque tengo la convicción que el Festival de Manizales tiene un valor para el teatro latinoamericano que sobrepasa lo que sus extraordinarios organizadores imaginaron y, a la vez, porque se encuentran enfrentando problemas que, a mi juicio, no debieran ser tales.

Voy al grano: Dos miembros de Jurado -Monasterios y yo - recibimos presiones directas por parte del Director de Asuntos Culturales del Ministerio de Relaciones Exteriores, para que no se premiara a Colombia. Se dieron dos razones: Una, que Colombia ya había obtenido el premio y que era un desprestigio para el Festival que nuevamente quedara en casa; la segunda, de orden político en virtud de la naturaleza de la pieza representada. En una reunión previa del jurado, Monasterio denunció la presión recibida. Por mi parte, yo lo callé para no perturbar la imparcialidad del jurado, pero una vez que se produjo la decisión, relaté lo que me había sucedido y decidimos representarlo de inmediato a Echeverri.

Lo anterior, unido al clima de desilusión y de desesperación que se vivió en el Club Los Andes, la noche en que se dió a conocer el fallo del jurado, me hace pensar que los organizadores del Festival que con tanto amor, entusiasmo y generosidad han tomado sobre sí esta tarea, han creído que es posible mantener el Festival Latinoamericano de Teatro Universitario de Manizales, ajeno a toda implicancia o repercusión política

Y yo creo que eso es imposible por tratarse de Teatro y, más particularmente, de Teatro Universitario.

No creo que sea un signo de nuestros tiempos o algo pasajero. El teatro siempre ha tenido un contenido político. Es un arte social por excelencia, porque requiere de una comunidad congregada que se llama público. A diferencia de las Artes plásticas o de la música, en que la relación entre el artista y el espectador o auditor, es personal. Es cierto que hoy leemos a los griegos o al teatro isabelino y no advertimos lo que ese

teatro tiene de contingente, porque la contingencia histórica ha desaparecido y solo apreciamos sus valores permanentes. Pero, en su tiempo, tuvo un significado político.

Yo no entendería una literatura y menos un teatro conformista. Si se está satisfecho con la realidad ambiente, no es necesario crear otra para darla en libros o en obras teatrales. El teatro implica necesariamente la rebeldía, el inconformismo, la crítica, la denuncia. Está hecho para punzar. ¿Cómo pedir a un Festival de Teatro que se realiza en nuestra convulsiónada y caótica Latinoamérica, que no represente esa convulsión? Y si a esto le añadimos el carácter universitario, basta conocer los movimientos políticos en nuestra universidades para poder afirmar que un teatro universitario que no esté reflejando las inquietudes de la mayoría de los universitarios latinoamericanos - que es de tajante repudio a un régimen y a una moralidad que ellos estiman hipócrita y caduca - sería un mal teatro universitario.

Todo lo anterior, querido Jaime, es para reafirmar mi idea de que si en Manizales hay y sigue habiendo un Festival Latinoamericano de Teatro Universitario, ese Festival va a estar teñido de posiciones críticas, de actitudes de repudio a un régimen establecido, de posiciones políticas. Pretender lo contrario es una ilusión o, en el mejor de los casos, un anacronismo.

Por eso, no es posible que se pretenda desautorizar una obra en sus posibilidades de ser premiada por razones políticas. Ninguna persona que actúe como jurado, podría aceptar esa posición, aún cuando ella no concuerde con las expresiones ideológicas de las obras.

En cuanto a la insistencia en el premio a Colombia, es lo más natural que sea Colombia quien tenga la mayor opción, siempre, para obtener el premio y ello, porque el Festival fué organizado a imagen y semejanza del teatro colombiano. Me explico. En Colombia, por lo que pude apreciar, el mayor teatro se hace en las Universidades, por alumnos que no son de Escuelas de Teatro Universitarias. Esto es, un verdadero y auténtico teatro universitario. En cambio, en otros países - y esto se apreció claramente en el II Festival - el concepto de teatro universitario es menos puro. La participación de Chile, por ejemplo, que tanto éxito tuvo entre el público, fué descalificada por el Jurado porque la puesta en escena - lo que debía premiarse, según las bases del Festival - era una copia de la puesta en escena que se hizo profesionalmente en Chile. Por su parte, México presentó un conjunto no de estudiantes universitarios, sino de profesores, al paso que Argentina y Brasil mostraban un teatro universitario que provenía de las Escuelas Dramáticas que sustentan sus universidades. Así, dentro del concepto de teatro universitario puro que preside el Festival, Colombia es el país que tiene más desarrollado un auténtico teatro universitario y, por eso, siempre tendrá primeras posibilidades de éxito.

La noche que se dió a conocer el fallo, oí reiteradamente que, con esto, el Festival se terminaba. Y yo, modestamente, con la lealtad que siento por las admirables personas que lo fundaron y le dieron tan perfecta organización, creo que debieran pensar seriamente si el Festival debe continuar o terminar.

Y si la decisión es continuarlo, debieran aceptar por adelantado que junto con un encuentro de teatro, de cambios de ideas en aspectos técnicos y estéticos, el Festival se ha de convertir en un examen político de nuestra América Latina o en una forma de expresión de las inquietudes y sentimientos de los estudiantes universitarios latinoamericanos. Tomar conciencia previamente de esto es importante, para evitar las situaciones desagradables que se vivieron en el último día del II Festival. Evitar que tenga este cariz, es para mí imposible.

Pero si el Festival de Manizales continúa puede convertirse, como ya se ha convertido, en un fuerte estímulo para el teatro latinoamericano universitario, en un centro permanente de información (¡Qué tanta falta nos hace!) del quehacer teatral en Latinoamérica; un lugar de convergencia para cotejar experiencias, en suma, el solar donde fundamentar un auténtico teatro para nuestros pueblos.

Querido Jaime, me fui de Manizales amargado. Después de ser objeto de tantas y tan finas atenciones, tuve la impresión de alejarme de tan buenos amigos habiendo contribuido a una decisión que ellos recibieron como una bofetada. Pero, por otra parte, estaba satisfecho porque de acuerdo a mi saber y entender había cumplido la tarea para la que se me había invitado. Durante la deliberación, yo me incliné por "Comala", el espectáculo de los brasileros, pero producido los dos votos en favor de los colombianos, no insistí ni quise tener un voto disidente, influido en parte por la abusiva presión de que fui objeto. Con todo creo que la puesta en escena de una obra que a mí no me gusta, implicaba una calidad teatral que se acentuaba, justamente, por las deficiencias de la obra y por la sobriedad de elementos usados.

Espero que esta carta no te parezca impertinente. Te escribo a tí, porque fuiste responsable de mi viaje a Manizales y porque confío que, ya un mes de la noche del fallo, la serenidad haya vuelto a todos los espíritus y, porque insisto, Manizales es muy importante, para que se pretenda mantenerlo alejado de la actitud de protesta o de crítica que caracteriza a nuestros universitarios - ¡en buena hora! - y conservarlo en un invernadero esteticista que no puede corresponder al concepto de teatro, universitario, latinoamericano.

Dale mis recuerdos a tu esposa. Supe como la afectó el fallo y el saberlo me dolió mucho. Espero que aún quiera ir conmigo a Tokio.

Te abraza con afecto,

SERGIO VODANOVIC